

# **CONTENIDO**

## **CAPÍTULO 19**

### **INDICE GENERAL**

#### **1° PARTE**

#### **CONFERENCIA DEL 9 DE OCTUBRE DE 1909**

- |    |                                      |     |
|----|--------------------------------------|-----|
| 1. | Discurso del Sr. José Ignacio Llobet | 567 |
| 2. | Discurso del Dr. Julián Aguirre      | 575 |
| 3. | Discurso del Dr. Federico Pinedo     | 577 |

#### **3° PARTE**

## DEL SEÑOR JOSÉ IGNACIO LLOBET

Pronunciado en el teatro Iris, sección 4.ª, en la asamblea celebrada el 11 de Enero de 1910

Señores:

La asamblea de esta noche es una ratificación solemne de los votos que formulara no ha mucho la noble y laboriosa parroquia de San Juan Evangelista.

Congregados en un sitio como éste, ví entonces á los hombres más representativos de esta importante sección de la metrópoli — ciudadanos de todas las edades, de todas las ideas, de diversas procedencias y situaciones sociales, — confundir en un solo sentimiento sus anhelos patrióticos para salir al encuentro del eminente argentino cuyo nombre surgía aclamado de todos los ámbitos de la República, como símbolo del progreso alcanzado y eje de la solución nacional!

Estáis aquí los mismos de la primera hora con muchos más que han colmado nuestras filas movidos por la fuerza poderosa que infunde el patriotismo á las conciencias honradas, cuando se tiene la convicción sincera de que se cumple bien un deber cívico y de que se sirve con altura y con acierto los grandes intereses del país.

Y no ha podido ser de otra manera.

Lo contrario hubiera sido la absurda negación de una consecuencia lógica.

No sois vosotros, sin duda, los usufructuarios de la riqueza heredada.

Cuando llegáis á poseerla no es por algún mimo caprichoso de la fortuna sino por el esfuerzo formidable de vuestra labor.

Hijos del trabajo, debéis cimentar vuestras viviendas con vuestras propias manos y levantar con la potencia de vuestros brazos el enorme peso de la legítima aspiración realizada.

Al despertar la ciudad populosa, sois los primeros en oír el golpe de sus martillos; en sentir los primeros calores de sus fraguas; los primeros silbatos de la locomotora que arrastra los productos de la labor agrícola; sois los primeros en el amarre de los grandes transatlánticos del viejo mundo; en dar vida á los motores del frigorífico, del granero y de la fábrica.

Sois así los pionners de la industria fabril de esta metrópoli y formáis la vanguardia del comercio argentino.

¿Dónde han de estar, pues, los que son factores de nuestra riqueza exuberante, los eficientes colaboradores de la grandeza nacional? ¿Dónde han de estar que no sean confundidos entre los que amando sinceramente al país, elaboran su engrandecimiento, propulsando el progreso en todos sus rumbos, y procu-

rando que la República avance siempre un palmo más en el orden de las conquistas morales, económicas, internacionales y políticas?

Es así, señores, que la adhesión casi unánime del vecindario de San Juan Evangelista á la política triunfante, constituye un signo evidente del progreso sociológico é institucional de la Nación.

La República Argentina como ningún otro país de la tierra que no sean los Estados Unidos de la América del Norte, debe ser gobernada, hasta que llegue al mayor grado de su desarrollo, por una política que basada en los principios é inspirada en los fines liberales de nuestra constitución liberal, reúna todos los caracteres de una democracia conservadora.

Por eso el socialismo europeo, fruto natural de las dificultades de la vida, del esfuerzo estéril por una existencia miserable, no puede ni podrá jamás difundirse en este país de tierra fértil, de caudalosos ríos, de clima hospitalario y de horizontes impalpables.

Podrá nacer aquí, y será necesario echar las bases de un partido ó de una escuela, si queréis, económico-política, genuinamente nuestra, de un socialismo argentino.

El procurará, manteniendo las corrientes dentro del orden establecido, que es la base, la condición ineludible de nuestro progreso presente y de nuestra grandeza futura, dirigirla hacia el perfeccionamiento de las prácticas económicas y de las instituciones sociales.

La tendencia de nuestros hombres dirigentes debe ser asegurar por la difusión del crédito, por una amplia política comercial, por la ejecución honrada de una severa justicia, las garantías que requiere el capital para obrar con provecho, á la vez que por medio de una legislación previsorá y cariñosa, perfeccionar las prácticas que aseguren las legítimas pretensiones de los nobles afanes del trabajo.

Y ciegos serán los que no quieran ver que en ese camino vamos.

Ciegos, si no mal intencionados, los que tratando de forzar las corrientes naturales, crean que sea la violencia y no la evolución lógica de las cosas el medio apropiado para conseguirlo.

El gobierno actual, luchando con todo género de dificultades políticas, logró entrar con paso firme en dirección á esas conquistas, y ha fijado los rumbos.

Los nuevos tratados de comercio, el aumento de capital á las instituciones bancarias, las modificaciones á las tarifas aduaneras, la construcción de ferrocarriles, el impulso á las obras públicas, las leyes de irrigación, la movilización de la tierra fiscal, el fomento á la inmigración, en fin, hasta la creación de la oficina del trabajo llamada á plantear la solución de los graves problemas que amparen al obrero, constituyen la tarea de esta administración, combatida y calumniada por nuestros despechados adversarios.

Estos son, sin embargo, los primeros en usufructuar los beneficios de la obra fecunda, aunque no hayan colaborado en ella á pesar de haber pasado por el gobierno y ocupado altas posiciones en la administración.

Ellos son, sin embargo, los que han pretendido desprestigiar la acción enérgica y firme del Presidente de la República que ha cometido el delito de no tolerar extraños tutelajes, ni someterse á voluntades deprimentes, manteniendo con dignidad la alta investidura de la Constitución.

Ellos son los que por ambiciones personales han denigrado nuestra actitud resuelta y patriótica, llamándonos oficialistas, como si á la par de todos los partidos oficiales de toda la República no nos acompañaran también con sus sufragios los partidos populares de todas las oposiciones.

Ellos son los que han sustentado la peregrina teoría de negar el derecho de ciudadanía á los argentinos que desempeñan alguna función pública, como si no fuera á éstos á quienes más que á los inocuos incumbe el deber de intervenir con el pensamiento y la acción en las grandes soluciones nacionales.

Ellos son los que, despechados por el reconocimiento de la propia impotencia, han procurado caldear el ambiente con la propaganda procaz é injuriosa, esperando que otros más audaces encendieran la mecha, — incitando así á la alteración del orden públi-

co, á la relajación de las instituciones militares, á la comisión del delito de lesa nacionalidad.

Y ellos son, por fin, los que por todos esos medios han pretendido impedir la exaltación al gobierno del doctor Roque Sáenz Peña, como si fueran capaces de oponer valla al torrente de la opinión, que arrastrará las piedras en su cauce, y pasará sobre ellos con fuerza irresistible, limpiando de malezas los campos donde ha de germinar fecunda la semilla del progreso institucional del país.

Y bien, señores.

Dijérase que fuéramos nosotros tan apasionados como ellos para juzgar á nuestros hombres y apreciar el momento político de la actualidad.

Pero se requeriría un portentoso esfuerzo de memoria ó una poderosa fuerza de imaginación para descubrir en la biografía de aquellos caballeros hechos ó cualidades que los habiliten dignos de ponerse al frente de los nuestros ó capaces para el gobierno del país.

¿Dónde están sus obras, sus iniciativas, sus ideas?

¿Cuáles sus programas de gobierno?

Los hemos visto en plena actualidad.

Denigrar al primer magistrado, motejar de oficialista á nuestra política, y desesperar ante la imposibilidad de encontrar una falla en las calidades, la preparación, la rectitud, el patriotismo, las virtudes cívicas, en los grandes y eminentes servicios prestados por el doctor Sáenz Peña á la República.

No. La razón pública ha alcanzado ya un alto grado de progreso. Hoy no se mistifica á la opinión con lugares comunes ó palabras resonantes. La pasión política puede agitar el alma generosa de los argentinos cuando la dignidad de la nación corre peligro.

Y es por eso que la prédica exaltada no ha hecho prosélitos.

Que jamás una solución presidencial ha conquistado mayor número de voluntades. Que la sustentan partidos poderosos como los de Buenos Aires, Tucumán, Córdoba, Salta, San Luis y San Juan. O que provincias en masa, como las de Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Mendoza, Salta, Jujuy, Catamarca y La Rioja, pueblos y gobiernos, deponiendo sus rencillas caseras, se han unido en un solo sentimiento de amor á la patria, para darle el gobierno que su cultura y su grandeza exigen, al cumplir los cien años de su vida independiente.

No. Los diminutos grupos que hemos visto desfilar por esas nuestras calles de una metrópoli en que vive más de un millón de habitantes, grupos reclutados en los alrededores de la provincia y en los bajos fondos de esta nuestra capital, no pueden seriamente atribuirse ni siquiera una mínima parte de la representación de la opinión pública.

Se disolverán en breve, y pasarán inadvertidos como lo han estado mientras algún caracterizado órgano de la prensa no los amparara con su generosa propaganda.

Obligados á concurrir al acto electoral, serán allí vencidos, y no les quedará recurso que pueda servirles de bandera para constituir un partido permanente ó principista.

No podrán atribuir la derrota á la violencia de la fuerza, porque bien saben que no quedará un ciudadano, de cualquier filiación que sea, que no pueda depositar su voto libremente. Porque bien saben que no habrá coacción oficial, porque el gobierno no oprime ni ejerce influencia alguna sobre los electores, aunque dependan de la administración. Porque bien saben que no podrán atribuir al fraude su propia impotencia, ellos que han metido el brazo hasta el codo, donde han podido, y que vigilarán estrictamente como han intervenido en todos sus actos preparatorios. Por lo demás, bien sabe el país que no debemos nuestro triunfo á la venalidad de los votantes, cuando nuestros adversarios fían como único recurso para contrarrestarlo en las monedas cuantiosas de sus banqueros y adinerados.

Y bien, señores; con estas convicciones, podemos desde ahora saludar la victoria de la Unión Nacional.

Disciplinemos nuestras fuerzas y demos á la patria el concurso decidido que ella tiene derecho de exigir á los buenos ciudadanos.

He dicho.

---

DEL DOCTOR JULIÁN L. AGUIRRE

Pronunciado en la asamblea celebrada en la sección 12.<sup>a</sup>  
de la capital, el 6 de Agosto de 1909

Señores:

Agradezco y acepto gustoso la insinuación de cerrar este acto público de la democracia, tanto más, cuanto que entre las elocuentes palabras que acabamos de aplaudir, vibra una nota bien perceptible que no es de indiferentismo, ni de apatía, ni de escepticismos políticos.

Al contrario; vibra esa nota de independencia soberana, entre los acordes y armonías del himno cantado por las generaciones de una centuria: niños, jóvenes y viejos...

Y esa nota que vibra y continuará vibrando en la mente y el corazón del último de los argentinos, será en sus intensidades semejante al eco de las campanas de los templos de los fieles obreros, que al dar la hora del tiempo propician la reflexión entre el fragor de las luchas fratricidas, los despotismos cruentos, y las pasiones arrastradas por la tempestad.

Es, señores, que la patria no es palabra de vanidad, sino un concepto espiritual que enaltece la personalidad humana!

**Correligionarios:** Es ya un hecho consagrado por los afiliados á las candidaturas presidenciales destinadas á fijar los rumbos políticos y administrativos de la era correspondiente á los primeros años del segundo centenario de vida nacional, que se ha despertado en la actividad cívica é instituyente que augura esperanzas felices.

Los que auspiciamos la candidatura presidencial del doctor Roque Sáenz Peña, sin desconocer los méritos del rival hasta ahora conocido, estamos persuadidos que corresponde la preferencia al que la opinión nacional sin distinciones de los partidos políticos ya en decadencia por haber agotado su actuación histórica ó accidental, ha favorecido con acertado criterio.

La personalidad del doctor Sáenz Peña es suficientemente apreciada y respetada en todo el país.

La Junta Ejecutiva Nacional recibe diariamente importantes y numerosas adhesiones de distintos puntos de la República, pueblos, villas y aldeas, contándose entre ellas, para honor y satisfacción de nuestro candidato, las de partidarios y adversarios de las situaciones locales.

Su vasta ilustración, el conocimiento de los problemas internos y externos que interesan al estadista, así como la ecuanimidad y firmeza de carácter, son cualidades que aseguran una sólida preparación para las funciones del gobierno.

Pronto escucharemos su palabra autorizada de candidato, expresando sus ideales políticos en el escenario mismo en que actuará y desarrollará sus talentos y virtudes al calor de la éjida y alientos del pueblo.

Convecinos y amigos: Nuestra sección electoral tan numerosa y calificada como lo es, bajo diversos aspectos y lo atestigua esta selecta reunión, no dudo que será de las primeras en ocupar, unida y fuerte, el puesto que le corresponde en la contienda.

Vamos ahora á recibir dignamente á nuestro candidato; y en seguida, á inscribirnos en el padrón cívico y depositar nuestros votos en las arcas de la democracia, en paz y en libertad.

---

DEL DOCTOR FEDERICO PINEDO

Pronunciado en la asamblea celebrada por la Unión Nacional de la sección 5.ª, el 9 de Noviembre de 1909

Señor Presidente:

Señores:

Desearía ante todo, agradecer con efusión á este importante Comité de la Unión Nacional en Flores, el alto honor con que me ha favorecido, al nombrarme su Presidente honorario conjuntamente con mi

distinguido amigo el doctor Manuel A. Montes de Oca, pero confieso que no he podido encontrar expresiones adecuadas. Esa distinción conmueve en mí sentimientos íntimos, poniéndome en el caso de proclamar el triunfo del doctor Roque Sáenz Peña, en este centro de lealtad y cariño á mi otro compañero y amigo, Carlos Pellegrini.

La pérdida del gran estadista dejó honda tristeza renovada diariamente en el local de nuestros trabajos privados; y el alejamiento del otro estadista por su candidatura á la suprema magistratura nacional, me embarga con júbilo intenso.

Bajo la influencia de esas emociones no buscaré frases ataviadas, pero sí os diré la verdad sin aliño que brota espontánea en circunstancias extraordinarias del ánimo.

La presidencia de la República confiada al doctor Sáenz Peña por la opinión sana del país, bien representada, que se encontraba alejada de la vida política: y por los partidos que alcanzaron el éxito en las provincias en las luchas anteriores, será la consagración de nuestro progreso institucional, que sale al fin de la incertidumbre y penumbra de toda iniciación y entra radiante en el sendero claro y amplio, para continuar su marcha accidentada pero nunca más regresiva.

¡Somos ya una gran nación y correspondía ese premio al centenario de 1810!

Los ciudadanos patriotas que en el pleno reino de la paz y el orden buscamos la realización de nuestros ideales encarnándolos en un candidato á la presidencia que corresponde por su talento y virtudes al adelanto que hemos alcanzado, somos los dignos descendientes de aquellos hombres gloriosos, que sin jefes que se impusieran como superiores, iniciaron y realizaron la emancipación de nueve repúblicas.

La nuestra conoce los apellidos de los que dirigen nuestro partido, — son los mismos de aquella época y los pronuncian sin necesidad de recurrir á diversos maestros especiales, — saben que acreditan empuje para emancipar nuestro país, — y quizá como entonces todo el continente, — de la tutela depresiva de los caudillos vitalicios.

Yo no injurio, á imitación de los derrotados, á los ciudadanos que alguna vez merecieron la estima pública, — reconozco que en su tiempo realizaron adelantos materiales plausibles, conquistaron, sin duda, con servicios distinguidos las posiciones con que fueron honrados, pero su predominio personal directo ó disimulado es antidemocrático y anacrónico.

Más aún, en el albor de nuestra independencia nacional, el autor principal de ella el ilustre Saavedra, perdió su prestigio merecido, porque el tribuno Moreno le acusó de orgullo aristocrático.

Ahora no podemos temer veleidades de tamaña impertinencia... Otras análogas debemos combatir...

y amparado en la autoridad respetada del gran capitán sudamericano, del general argentino don José de San Martín, recordaré la frase lapidaria con que renunciaba en el Perú al mando supremo.

Decía el heroico libertador: “La presencia de un militar afortunado es siempre peligrosa en los países que recién se constituyen”.

Ese debiera ser un lema especialmente para los que tienen el honor de ostentar los más altos galones del ejército.

No podemos consentir que los nuevos conquistadores del desierto recordando las prácticas de Catriel en la empresa de derrocar la civilización representada por Sarmiento y Avellaneda, á semejanza de los bárbaros de la Edad Media, que llevaban é implantaban en sus jóvenes y embrionarias nacionalidades los adelantos de Roma, no podemos consentir que los conquistadores de los indios, contagiados probablemente por la vida en común, nos traigan como ideal en el centenario de Mayo costumbres que repudiarían aquellos que jamás se adaptaron, guerra sin cuartel que rehuye todo convenio con los contrarios. Tenemos, pues, que lidiar con dementes agitados, que ofrecen como felicidad, la vuelta al predominio personal, la pretensión de mandar sin consulta ni discusión, en nombre de pretendida superioridad.

Y no se diga que hago leña con árboles caídos: el principal jamás estuvo ni debe estar en el suelo; ni

se sostenga que me refiero al que está fuera de la política, porque en realidad se retrae y se prepara en su guardia.

Una vez pidió silencio y olvido; después alejándose á millares de leguas invitó á su partido á renovar en la oposición su energía y su pureza... en los dos casos esperaba aprovechar y aprovechó las faltas de sus adversarios y la ayuda de aliados imprevistos, en que funda siempre su esperanza de victoria.

Inocentes serán los que piensen que un caballero con méritos sociales y sin preparación acreditada para afrontar los graves problemas del gobierno de la nación, á manera de falso profeta con tres anabaptistas furibundos, pueda levantar la opinión en la República, siquiera en su Capital, renunciando á la molestia de exponer el programa político y el prestigio para abonar el que improvisen en el papel.

Todos conocemos la fuerza política que los mueve y los electriza: sólo la vanidad extrema toma á lo serio el milagro de propia popularidad, que surge inmotivada y espontánea.

El que mueve la máquina se oculta temiendo los inconvenientes de su actuación anterior.

Los republicanos que nacieron para resistirlo desconfiarían de su alianza; y los intransigentes de ese partido que rechazaban todo acuerdo con él no olvidarían sus anteriores antipatías.

Los radicales que le hacían verdadera guerra con

peligro de la vida, no podrían hacer con él causa común; y los socialistas que aman sus doctrinas se verían en la imposibilidad de abrazar como hermano al enemigo de siempre, en contra del doctor Sáenz Peña aplaudido recientemente en el parlamento por el diputado Ferri, nuestro conocido conferenciante del Odeón.

El famoso orador y apóstol de esa causa, pintó magistralmente á nuestro candidato como el campeón resuelto de las justas y nobles reivindicaciones.

Por eso tiene á su favor los partidos que gobiernan en las provincias, — y lo que nunca ha ocurrido, — al mismo tiempo los partidos de la oposición.

En esta capital están con nosotros los ciudadanos al parecer más alejados políticamente: los veteranos que se batieron antes y se batirán siempre, como Supeña, fieles á la bandera; los que se habían separado hace mucho tiempo con desilusión, porque la fuerza opresora y excluyente sólo toleraba el acuerdo clandestino, es decir, la traición entre compañeros de lucha; los que no tienen aspiración alguna y los que aspiran con legítimos títulos; los que bregan por subir á las altas posiciones, los que se encuentran en ellas y los que desean abandonarlas y eliminarse voluntariamente después de prestar grandes servicios que la nación recordará siempre agradecida.

No necesito estimular en los amigos de Flores la gratitud para los buenos servidores del país y espe-

cialmente para los más encumbrados; para los que ahora afrontan y deberán afrontar en adelante las insidias de los eternos calumniadores, las amenazas de la insensatez y las intrigas de los desalojados de las posiciones que consideraban patrimonio heredado.

No dejemos sin aplauso á los que desde Mitre á Figueroa Alcorta y Roque Sáenz Peña han soportado y tendrán que soportar de aquí en adelante, los vejámenes continuos de los insignificantes, de los perversos, de los incapaces de hacer bien á nadie, para cumplir sus deberes como hombres resistiendo la tentación de ceder á las fáciles delicias de la dependencia, que no figura en la carta fundamental de nuestras libertades.

No será un paraíso de felicidad el que le ofrecemos al doctor Sáenz Peña, sino las graves responsabilidades y austeros deberes en beneficio de la patria. En cambio le aseguramos que confiados en su talento, en su virtud de ciudadano, en su amor á las instituciones, estamos dispuestos á luchar por él y á compartir su suerte.

Señores:

¡Viva el futuro Presidente de la República, doctor Roque Sáenz Peña!

---